

“Mi Amigo del Pantano”

Macarena Kozma

A veces sin darnos cuenta nos perdemos en este mundo, entre la multitud, nos volvemos uno más... Con la mirada perdida y vacía, Maya miro el cielo en busca de una respuesta. Apenas si veía el camino, los árboles pasaban a gran velocidad al igual que todo lo demás, dejando ver sólo formas borrosas. El cielo era gris, un color bastante triste... nostálgico. Lo cual Maya sólo lo asociaba a todos los sentimientos que la invadían a en aquel viaje en tren que había tomado casi como una medida desesperada.

Maya podía recordar el día anterior, mientras un sentimiento aterrador se apoderaba de ella. Eran las seis en punto, se encontraba saliendo del trabajo al cual asistía día tras día hace unos cuatro años. Hacía el camino habitual a su hogar, a su pequeño apartamento, con pasos lentos, casi automáticos. Levanto la vista para ver su alrededor, pero sus ojos sólo dieron con una multitud de personas grises, tan grises como el color del cielo, caminando a un ritmo casi infernal. La misma cantidad de pasos, la misma velocidad, la misma carencia de emoción... todos iguales, en la misma dirección. Ninguno levantaba la vista, ciegos en su camino, sordos al mundo. Sólo vivían para seguir un mismo camino.

Maya nunca se había puesto a pensar en como había llegado a ser su vida como era, como la de todos los demás. Era incapaz de recordar en que minuto tomo las decisiones que tomo o cuando dejo de ser la persona que alguna vez fue. Sólo podía recordar una época lejana en la cual fue feliz, en la que su sonrisa era más grande y más brillante que el mismo sol. Cuando pasaba sus mañanas y algunas tardes en compañía de su viejo amigo viviendo aventuras.

“Pantos”, ese era su nombre. Algo ridículo pensó Maya de inmediato, lo cual fue remplazado por una tímida sonrisa, al recordar a su amigo. Un gran monstruo, dirían muchos al verlo, pero para Maya siempre fue algo más que no era capas de describir. Era grande, o así lo recordaba debido a su corta edad. Su hogar era el pantano que se situaba en medio del bosque detrás de la casa de sus padres. Quizás la palabra hogar no era la adecuada, él estaba hecho del pantano. Siendo su cuerpo ramas, plantas en todos los tonos de verdes y cafés que pudiera imaginar. Sus ojos eran pequeños en comparación de su cuerpo, pero dejaban ver un alma inmensamente pura. Y algo singular de él, Pantos no hablaba, recordó Maya. Sólo observaba, su mirada expresaba más que mil palabras.

Maya siempre se caracterizo por ser inquieta, una niña llena de energía y con una gran imaginación, lo cual no siempre era del agrado de sus maestros o sus mismos padres, quienes intentaban mantenerla al margen y controlada la mayor parte del día. Por lo que su único escape era aquel bosque.

Con la mirada aun perdida en el camino y con la nostalgia apoderándose de ella, Maya se perdió en sus memorias, con la intención de reconfortarse a si misma e intentar recordar en que minuto dejo de ser quien era.

No recordaba el momento exacto en que ocurrió, el porqué, ni el cómo. Sólo podía verse saliendo de su casa camino al bosque. Algo en él le llamaba la atención, de eso podía estar segura. ¿Eran los colores?, ¿Sus ansias de explorar?, ¿Sus ansias de adentrarse en un mundo mágico y desconocido como en sus cuentos para dormir?, quizás eran todas pensó. Al principio, le pareció un simple bosque como cualquier otro, el bosque detrás de su casa. Pero siguió adentrándose en su interior atravesando un portal que formaban las ramas de los árboles a su alrededor, con la esperanza de encontrar un hada, príncipes y princesas, algo.

Caminados unos minutos que le parecieron eternos, Maya recordó que, al salir del portal, allí estaba aquel pequeño y profundo pantano. Con sus aguas turbias y espesas por la cantidad de ramas y otras cosas que se encontraban en su interior. Le llamo la atención, pero no se quedo mucho para investigar, sino que paso de largo y comenzó a vivir su aventura. En ese entonces Maya se imagino como una exploradora en medio de un bosque mágico, en busca de criaturas que domar. Se imagino trepando los grandes árboles, balanceándose en las grandes alturas, peleando con monstruos, salvando animales. Ella podía ser lo que quisiera, cuando quisiera y nadie podía convencerla de lo contrario. ¿Por qué había cambiado tanto?

Jugo por un par de horas en el bosque, cuando decidió volver a casa, no quería preocupar a sus padres y de cierta forma se sentía algo sola en el bosque realizando sus aventuras sin ningún amigo. Y fue en ese momento, cuando se disponía a volver, Maya escucho el sonido del agua del pantano moverse abruptamente, lo cual llamo su atención, haciendo que se acercara hasta la orilla, mientras veía el movimiento del agua casi furiosa, como si se fuera a salir de su lugar de un momento a otro. Maya en aquel momento no supo si correr o ser valiente y enfrentar lo que fuera que se encontraba allí, sería otra misión dentro de su labor como exploradora experta pensó. Por lo que se quedó inmóvil por unos segundos, hasta que tomo la decisión de quedarse.

Lentamente, del agua salió aquella criatura, el monstruo de casi tres o cuatro metros de altura, cubierto por estas ramas y plantas, escurriéndole el agua por todas partes. Maya nunca había visto algo como aquello anteriormente, era extraño, pero no sentía temor alguno. Es más, quería hablarle. Y eso hizo. Nadie podría hacerle daño, ni siquiera ese monstruo. Era una gran exploradora.

La criatura se quedó inmóvil observándola, curioso como ella, pero no dijo palabra alguna. Por otro lado, ella no dejaba de hablarle. Y ante su silencio absoluto, Maya se rindió luego de una hora, dejándose caer en la orilla de lo que quedaba del pantano con las piernas cruzadas. En silencio lo observo.

Aquel día Maya volvió tarde a casa y sus padres la regañaron, pero no le importo, sólo podía pensar en el monstruo. La misma palabra "monstruo" la mantuvo despierta gran parte de la noche. Eso no era un monstruo como los que se escondía bajo su cama, en el closet o en la oscuridad de su habitación, aquello era algo más. La curiosidad la hizo volver día tras día a su encuentro, siempre con estrategias nuevas para intentar hacerlo hablar. Le llevaba libros, juguetes, comida, ropa, de todo lo que pudiera encontrar en su casa. Pero la criatura sólo se limitaba a observarla con extrañeza.

Maya recordó lo exhausta que aquella situación la tenía, no lograba hacer que hablara, no importaba que hiciera, que le llevara... nada parecía interesarle lo suficiente. Por lo que un día se rindió y decidió sólo ir y hacerle compañía. Pensó que quizás sólo era un gran bebé y que no sabía hablar, que estaba sólo y necesitaba un amigo. Los días transcurrieron y Maya llevaba libros para leerle, contándole todas las historias que a ella le encantaban, le llevo comida para que compartieran, le llevo ropa para que no pasara frio, y así surgió su amistad con "Pantos", a quien nombro inmediatamente luego de rendirse en sus intentos de hacerlo hablar. Un nombre curioso, pero en ese momento le resulto genial.

Pantos seguía observándola, pero ya no se sentaba únicamente con ella a las orillas del pantano, sino que la seguía a través del bosque en sus aventuras. La acompañaba, la defendía, la guiaba, se había convertido en su fiel compañero. Su mirada también cambio, pasando de la mera curiosidad, a eso que las personas expresan cuando se sienten bien, cómodos, felices. Maya aun podía recordar su mirada, esa mirada que la hacia sentir especial, única, que nada podía impedirle ser maravillosa.

Al recordar aquello, los ojos de Maya se humedecieron. Esa niña sabía lo que hacía, era lo máximo, pensó. Y ahora... ¿Quién era ella?, ¿Qué había hecho con su vida? ¿Por qué se sentía así de miserable?

Maya le conto a sus padres de Pantos y sus aventuras, y en un principio ellos la alentaron sonriéndole. Pero con el paso del tiempo y los años, sus miradas se volvieron reproches, no los entendía. "Ya no tienes edad para tener amigos imaginarios", "debes madurar", "enfócate en tus estudios", "no es real". Maya recordaba lo mucho que la hirieron esas palabras y lo mucho que batallo con ellos. Pantos era real y era su amigo. Pero perdió eventualmente la batalla y dejo de ser esa niña invencible, curiosa y maravillosa. Creció... Maya creció y se sumergió en el mundo extraño y desconocido que sus padres llamaban "la vida real".

Iba a la escuela diariamente por el día, hacia sus deberes, estudiaba, ayudaba con los que haceres de la casa y se preparaba día a día para cumplir con sus obligaciones, con lo que se esperaba de ella. Ya casi no tenía tiempo para visitar a Pantos, quien cada día parecía perder altura, mientras su mirada se volvía triste. Ya no la veía como antes...Hasta que un día Maya simplemente dejo de ir en su encuentro...

Un brusco movimiento la saco de sus recuerdos llevándola a la realidad, el tren se había detenido. Había llegado. Miro por la ventana y vio la estación de trenes, los árboles y las casas alrededor. Nada había cambiado, todo se veía igual que hace años. Lo cual la reconforto. Maya tomo sus maletas y emprendió su camino a la casa de sus padres. Deseaba volver con todas sus fuerzas, con la intención de encontrar respuestas, de volver el tiempo atrás por un momento...

Maya se encontraba frente a la vieja casa en la que vivían sus padres aún. Ellos no estaban, volverían en unas cuentas horas, lo cual le dio tiempo para subir a su habitación y dejar sus pertenencias. Al entrar, nada había cambiado mucho, como era de esperarse. Su cama seguía allí, sus cuadros, la pintura en las paredes... todo seguía igual. A excepción quizás de que se encontraba más limpia desde su ausencia. Maya

recorrió el dormitorio con nostalgia, recordando a la niña que una vez había vivido allí, hasta detenerse en la ventana. Sus ojos dieron inmediatamente con el bosque. Su pecho se apretó. Sintió el dolor de la pérdida y las ansias de recuperar lo perdido. Sintió al ver, que quizás allí había dejado a aquella niña, que allí encontraría respuestas a sus interrogantes. Y sin darse cuenta, sin saber como paso, Maya se encontró corriendo al bosque, por un camino conocido, pero que se sentía y veía como algo nuevo, distinto. Él corazón se le apretó aun más. Nada había cambiado en su casa, ¿Por qué el bosque sí?

Maya se encontró rápidamente con el pantano, luego de seguir el camino que formaban los árboles. El pantano se veía más pequeño de lo que recordaba... lo cual se lo atribuía a que ella había crecido. Era extraño, era distinto... Maya se asusto al no encontrarse con Pantos... y se quedó sentada en la orilla unas horas, pero nada pasaba. Le hablo al agua para ver si aquello servía, pero nada. La desesperación y el vacío se apoderaron de ella nuevamente.

En eso, Maya cae en la cuenta de algo que no quiso ver antes. Ella había emprendido aquel viaje esperando recobrar la fantasía, la magia, a esa niña que dejo atrás. Pero todo seguía igual, la casa, la ciudad, incluso el bosque. Todo había sido su imaginación, la fantasía nunca fue, ni sería parte del bosque. Pantos sólo fue un invento, algo de lo cual se aferró y olvido. Desconcertada y aturdida, Maya permaneció en silencio contemplando el lugar que alguna vez había sido su refugio, el lugar que la hizo sentirse maravillosa, única y poderosa. Maya se largo a llorar. Sentía dolor, dolor por haber perdido su luz, esa luz que alguna vez había sido todo. Lloro por horas o eso creyó, ya el tiempo había perdido su importancia. Se sentía sola, abnegada a la vida que había llevado hasta entonces.

Una pequeña brisa de viento irrumpió en el silencio del bosque y alboroto los cabellos de Maya tapándole los ojos. Lo cual la irritó un poco más de lo que ya se encontraba. Lentamente y con pesar se descubrió el rostro, pudiendo ver nuevamente. Pero lo que encontró frente a ella la desconcertó. Una gran criatura verde se encontraba frente a ella, con la mirada tan perdida y triste como ella, no era tan grande como lo recordaba, pero era él. Casi como si se tratara de una proyección de ella misma.

Maya no podía creerlo, era él... debía estar loca pensó. A su edad era imposible volver a ver a su amigo imaginario, sus ojos debían estar engañándola. Por lo que se acerco para tocarlo y lo sintió, lo pudo oler. Lo veía. Era real y estaba allí frente a ella. Una pequeña esperanza se apodero de ella, pero se extinguió de inmediato al ver la tristeza en sus pequeños ojos negros. Maya le hablo e intento consolarlo, diciéndole que había vuelto, que se quedaría. Pero Pantos negó con la cabeza y la siguió observando. A lo que Maya no supo que hacer.

Pantos se acerco a ella extendiendo uno de sus brazos en dirección al bosque. Ella volteo y miro su alrededor. No entendía que deseaba decirle, el bosque no era el mismo, lo sabía, pero ¿Qué?... ella no podía hacer nada, no tenía el poder de cambiar las cosas. Pasaron horas, quizás días, en los que no supo a que se refería su amigo... pero volvió todos los días a su encuentro como había prometido. Hasta que finalmente algo cambio en ella, algo la hizo entender.

El bosque no había cambiado, siempre había sido así. La que había cambiado era ella. Ella había crecido, ella había dejado que otros la cambiarán, que otros se hicieran cargo de su vida. Sus recuerdos del bosque nunca fueron “reales” o así podía entenderlo Maya hoy en día, pero alguna vez lo fueron, alguna vez el bosque fue mágico, alguna vez Pantos fue real, porque ella lo hizo real, porque sus ojos miraban al mundo de manera distinta y eso era lo que la hacía sentir única y maravillosa. Ahora el bosque era un reflejo de su vida actual, de la realidad que podía observar con sus ojos. Pero no siempre fue así, ella lo había creado, era su mundo, ella tomo las riendas de eso. Pero dejo que el mundo la cambiara, sin decir nada al respecto, sin luchar, dejando de lado quien quería ser. Era su culpa, pero podía cambiarlo. Eso quería pensar.

Maya alzo la mirada y vio a su amigo sentado junto a ella, nuevamente con un brillo especial en sus ojos. Al fin lo había entendido...

“Perdón por hacerte esperar viejo amigo... he vuelto”

Con una sonrisa, Maya cerró los ojos y abrazo a su amigo con tanta fuerza, que sintió que volvían a ser uno, como en los viejos tiempos. Al abrirlos, Pantos ya no se encontraba, había desaparecido o vuelto a su hogar. Y Maya hizo lo mismo.

Camino devuelta a la casa de sus padres, con otra mirada, con la intención de volver. Sin saber lo que esperaba encontrar concretamente, Maya siguió caminando, con la seguridad de que ahora la vida y las cosas no necesitaban ser mágicas como cuando era niña, para que fueran fantásticas en nosotros. Sólo es cosa de perspectiva y de ser fieles a notros mismos, mirar al mundo con ojos diferentes.